

PRESENTACIÓN DEL LIBRO *JESÚS DE NAZARET* DE JOSEPH RATZINGER-BENEDICTO XVI

MONS. FRANCISCO CERRO CHAVES
Obispo de Coria - Cáceres

RESUMEN

Por medio de esta presentación deseo ofrecer unas reflexiones que puedan ayudar a los lectores de esta revista a entender los contenidos tan importantes que nos regala J. Ratzinger-Benedicto XVI en este libro. He ido exponiendo este contenido de forma lógica y ordenada con el fin de que el lector pueda ir adentrándose en el interior de esta obra tan bien construida. Por otra parte ruego al lector que si experimenta alguna dificultad para entender el prólogo no se desanime, y prosiga leyendo el libro ya que bien merece la pena como lo podrá comprobar a medida que vaya pasando las páginas. Al final irá descubriendo el verdadero rostro de Jesucristo.

Palabras clave: Antiguo Testamento, Cristología, Exégesis bíblica, Hermenéutica, Método histórico-crítico, Nuevo Testamento.

ABSTRACT

This presentation allows me to offer our readers some reflections on the all-important contents of this book by the Pope Benedict XVI so that they can gain a better understanding of said contents. I have laid this content in a logical and orderly way, so that the readers can, slowly but steadily reach the core of such a well-built work. On the other hand, I would like to ask the readers to go on reading in case they find some difficulty in understanding the prologue because the book is definitely worth-reading. This they will realise as they read through the pages. Eventually, they will discover the true face of Christ.

Key words: Biblical exegesis, Christology, Hermeneutics, Critical-Historical Method, New Testament, Old Testament.

Tengo la dicha de poder presentar este libro titulado *Jesús de Nazaret*, cuyo autor es Joseph Ratzinger - Benedicto XVI. Agradezco al Director de nuestra revista *CAURIENSIA*, D. Manuel Lázaro Pulido, que me haya confiado la tarea de mostrarles este libro que en palabras del P. Lombardi “permite comprender mejor sus homilias, sus catequesis de los miércoles, el orden de su vida y, en cierto modo, también sus prioridades y sus decisiones de gobierno”. La lectura y meditación de este libro nos ayudará a descubrir el rostro de Jesucristo que muestra y revela el Evangelio.

I. INTRODUCCIÓN AL LIBRO

1. EL AUTOR Y EL TÍTULO DE LA OBRA

1.1. *Apunte biográfico*

Joseph Ratzinger nació en Marktl am Inn (Alemania), el 16 de abril de 1927. Fue ordenado sacerdote en 1951. Es elegido cardenal de la Iglesia y nombrado arzobispo de Munich y Freising en 1977. Juan Pablo II lo nombró Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe en 1981. El día 19 de abril de 2005 fue elegido Papa, tomando el nombre de Benedicto XVI. En el año 2006 publicó su primera encíclica titulada *Deus caritas est*¹. En pocas palabras su vida es ésta: sintió un día la misteriosa llamada personal de Jesús de Nazaret y ha ido identificándose con Él a través de las etapas de su vida: estudiante, profesor, asesor del Concilio Vaticano II, obispo, cardenal, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe y, hoy, sucesor de Pedro en la sede de Roma.

No nos llama la atención el que un Papa escriba y publique un libro, ya que Juan Pablo II publicó cinco libros; uno de los cuales alcanzó la cifra de veinte millones de ejemplares según dijo el P. F. Lombardi, director de la oficina de Prensa del Vaticano: “Cruzando el umbral de la esperanza” del año 1993. No es novedad, por tanto, un libro del Papa. Tal vez la novedad sea el género, la naturaleza de este libro y sus circunstancias. Lo que sí nos llama la atención es que el libro *Jesús de Nazaret* lleva un doble nombre de autor: Joseph Ratzinger y Benedicto XVI. Es significativo que el nombre del teólogo preceda al del pontífice. Es un libro de Joseph Ratzinger. Es fruto del ejercicio intelectual del teólogo que puede ser replicado libremente (p. 20). Esta dualidad de nombre para un único autor muestra también sus cualidades:

1 Cf. M. LÁZARO (ed.), *El amor de Dios que es amor: Reflexiones en torno a la Encíclica de Benedicto XVI Deus caritas est*, Cáceres, Instituto Teológico “San Pedro de Alcántara” de Cáceres, 2007.

- La competencia del teólogo, profesor de universidad. Nos parece que este libro está en línea y continuidad con su no menos famosa obra: *Introducción al Cristianismo*².
- La de un hombre de oración que da testimonio de su amor a Cristo y de su deseo de conocerlo mejor.
- La del Pastor supremo de la Iglesia. El libro es obra de un pastor que se preocupa de la fe de los demás.

Olegario González de Cardenal escribe a este respecto: “¡Extraño libro este firmado por dos autores: Ratzinger-Benedicto XVI! Por primera vez en la historia del catolicismo, un Papa se distancia de sí mismo, no reclama la autoridad del ministerio que ejerce, se legitima sólo por las razones que ofrece, invita al diálogo y legitima el rechazo. Sólo reclama la empatía necesaria para comprender” (“Entre Nietzsche y el Crucificado”; Archivo informático” de “El País”). Radio Vaticana, por su parte, decía: “Con el hombre de fe, que anhela explicar el misterio divino sobre todo a sí mismo; con el culto teólogo, que abarca resultados de análisis doctrinales antiguos y recientes, en este libro, emerge el pastor que logra verdaderamente su anhelo de impulsar en el lector el crecimiento de una relación viva con Jesucristo, casi implicándolo poco a poco en su amistad personal con el Señor” (13-IV-2007).

1.2. El Título

La obra está pensada para dos volúmenes, de los cuales ya ha aparecido el primero. En este volumen, el Papa, haciendo abstracción metodológica de la vida oculta del Señor Jesús, presenta su vida pública y su obra desde el bautismo hasta la transfiguración. Sobre el segundo volumen, sabemos que está trabajando en él.

El título del primer volumen es conocido por todos: *Jesús de Nazaret*. ¿Por qué escogió este título? Dar como título a su obra *Jesús de Nazaret*, es reconocer que el método histórico vigente en el trabajo universitario es fecundo y debe ser puesto al servicio de la fe. El Papa “cumple una indispensable obra de purificación y oxigenación de la investigación contemporáneas sobre Jesús” (Mons. A. Amato).

2. LA ELABORACIÓN DEL LIBRO

A finales del año 2004, el cardenal Joseph Ratzinger manifestaba al responsable de la revista *Communio* que después de su jubilación, que creía ya

² Salamanca. Sígueme, ¹¹2005.

próxima, tenía la intención de terminar el libro sobre Jesucristo que había comenzado a escribir durante el verano del año 2003. Consideraba esta obra como la conclusión y coronación de su vida dedicada al estudio teológico y a la pastoral. Hoy ya sabemos cómo continuó la historia. La jubilación no llegó nunca, pero el libro apareció en el día de su ochenta cumpleaños y en la víspera de su segundo aniversario de su elección como Sucesor de Pedro. Recordemos sus propias palabras:

El libro tiene 447 páginas y comenzó a escribirlas, como dice el autor, en el verano de 2003:

“En agosto de 2004 tomaron su forma definitiva los capítulos 1-4, cuando aún no había sido elegido Pontífice de la Iglesia; los otros seis capítulos los ha ido escribiendo en ratos libres de que ha dispuesto después de su elección: Tras mi elección para ocupar la sede episcopal de Roma, he aprovechado todos los momentos libres para avanzar en la obra. Dado que no sé hasta cuándo dispondré de tiempo y fuerzas, he decidido publicar esta primera parte con los diez primeros capítulos, que abarcan desde el bautismo en el Jordán hasta la confesión de Pedro y la Transfiguración. Con la segunda parte espero poder ofrecer también el capítulo sobre los relatos de la infancia, que he aplazado por ahora porque me parecía urgente presentar sobre todo la figura y el mensaje de Jesús en su vida pública, con el fin de favorecer en el lector un crecimiento de su relación viva con el Él”. (pp. 20-21).

“Este libro sobre Jesús..., es fruto de un largo camino interior” (p. 7), por tanto de una experiencia personal de encuentro con Jesús de Nazaret, que él fue realizando con su esfuerzo y con la ayuda que le venía de otras obras semejantes que apreció profundamente.

3. ESTRUCTURA

A) Un prólogo

B) Una Introducción

C) Diez capítulos:

- El Bautismo de Jesús
- Las tentaciones de Jesús
- El Evangelio del reino de Dios
- El discurso de la Montaña
- La oración del Señor
- Los discípulos
- El mensaje de las parábolas
- Las grandes imágenes joánicas

- Dos momentos importantes en el camino de Jesús: la confesión de Pedro y la Transfiguración.
 - Las afirmaciones de Jesús sobre sí mismo
- D) Bibliografía, índices de citas bíblicas y de nombres propios.

4. ¿QUÉ ES ESTE LIBRO?

Este libro es fruto del estudio y de la experiencia personal de Joseph Ratzinger, excelente teólogo, que es Sucesor de San Pedro con el nombre de Benedicto XVI. Deja muy claro desde el principio en el prólogo del libro y así lo advierte expresamente que esta obra no encierra un acto magisterial, sino la expresión de “mi búsqueda personal del rostro del Señor”. El autor del libro se siente como el discípulo que camina al lado de Jesús y con Él se siente arrastrado a la su comunión con Dios.

4.1. *Lo que no es este libro*

No es un libro del pasado, sino muy actual ya que pretende reflejar su búsqueda personal del rostro de Cristo y su deseo permanente de actualizar la figura de Jesús para los hombres y mujeres de hoy.

No es un libro de carácter divulgativo, sino de pensamiento, que lleva al lector a plantearse los grandes temas y cuestiones de ayer y de hoy, de siempre. Se trata de un libro excelente; difícil, pero se lee de un tirón.

No es mera respuesta a la profusión actual de imágenes inauténticas y falsas de Jesús aparecidas en códigos, leyendas, apócrifos... Este libro no es circunstancial. Tiene identidad y consistencia propias.

4.2. *Lo que sí es este libro*

Este libro es la primera parte de una obra que constará de dos volúmenes. En este primer volumen se analiza la vida pública de Jesús, desde el bautismo en el Jordán hasta la Transfiguración. Aunque en esta obra se descubren ya las orientaciones fundamentales del pensamiento cristológico de Ratzinger, debemos afirmar que no es una cristología completa. Presenta el misterio de la persona de Jesús centrándose únicamente en algunos aspectos de su ministerio público. Los temas fundamentales de la Cristología como la muerte y el significado que Jesús le dio, la resurrección, la preexistencia, la filiación divina, el misterio de la Encarnación y de la Concepción virginal de Jesucristo no son abordados en este primer volumen. Para una cristología completa debemos esperar a una segunda parte. El hecho de que comience hablando del bautismo

de Jesús en el río Jordán y no se refiera al comienzo temporal de su vida (concepción y nacimiento) es una opción cristológica. Mons. Ricardo Blázquez, por su parte, afirma que este libro “pasará a la historia de la reflexión teológica”.

5. METODOLOGÍA Y FINALIDAD

5.1. Metodología

Su cristología es descendente. “Este es el punto de apoyo sobre el que se basa mi libro: considera a Jesús a partir de su comunión con el Padre. Éste es el verdadero centro de su personalidad. Sin esta comunión no se puede entender nada y partiendo de ella Él se nos hace presente también hoy” (p. 10).

5.2. Finalidad

¿Qué pretende J. Ratzinger? J. Ratzinger persigue superar la gran sima abierta entre el “Jesús histórico” y el “Cristo de la fe”, ya que mantener esta separación supone expulsar de la fe al Jesús histórico real, reducir los contenidos de la fe a una pura quimera, fruto de la imaginación de la comunidad cristiana primitiva, y vaciar así la fe de significado teológico real. Por tanto, se impone la tarea, dice Ratzinger, de demostrar científicamente que el Jesús de la historia y la imagen de Jesús que ofrecen los Evangelios y que, a partir de estos, nos ha transmitido la Iglesia coinciden plenamente.

6. VALOR DOCTRINAL DEL LIBRO

J. Ratzinger manifiesta: “Sin duda, no necesito decir expresamente que este libro no es en modo alguno un acto magisterial, sino únicamente expresión de mi búsqueda personal «del rostro del Señor» (cf. Sal 27,8)” (p. 20). Más aún, al no ser un acto magisterial, “cada uno es libre de contradecirme” (p. 20). Aunque esta fue una de las frases del libro que más fue citada en las informaciones de prensa que siguieron a su publicación, “parece obvio, como dijo el Cardenal Schönborn, que el objetivo del Papa no es suscitar polémicas sino hacer crecer en cada uno la relación vital con el Señor”. En cualquier caso, se trata de un fruto inmenso de un teólogo eminente, cuyo deseo y anhelo es presentar la auténtica figura de Jesús, que aparece, en no pocas ocasiones, muy recortada y rebajada. El cardenal Carlo M^a Martini, por su parte, manifestó: “Ahora bien, a la vista de la calidad del libro, no va a ser fácil”. Como podemos ver Benedicto XVI, consciente siempre de su categoría teológica, se somete al juicio de otros con lo que está dispuesto a aprender, profundizar. Realmente es un hombre de

escucha. J. Ratzinger sólo pide una cosa: que nadie prejuzgue su obra antes de leerla y meditarla con un mínimo de simpatía y de apertura. El Papa espera que “los lectores y lectoras sean benevolentes desde el inicio de la lectura; sin ella no hay comprensión posible” (p. 20).

7. ¿CON QUIÉNES DIALOGA J. RATZINGER – BENEDICTO XVI?

Los principales interlocutores de J. Ratzinger son:

A) *Adolf Harnack: La esencia del cristianismo* (1900): representante de la teología liberal. He aquí algunas de sus ideas básicas relativas a Jesús:

- “El anuncio de Jesús sería un anuncio del Padre, del que el Hijo no formaría parte –y por tanto la cristología no pertenecería al anuncio de Jesús–” (pp. 29-30).
- El mensaje de Jesús era sumamente individualista –en el judaísmo, por el contrario, todo está centrado en la colectividad, en el pueblo elegido–
- Jesús, dejando de lado el aspecto cultural, habría orientado todo su mensaje en un sentido estrictamente individual.
- Jesús es expresión de los ideales culturales y morales del mundo burgués alemán: “Él no habría apuntado a la purificación y a la santificación culturales, sino al alma del hombre: el obrar moral de cada uno, sus obras basadas en el amor, serían entonces lo decisivo para entrar a formar parte del reino o quedar fuera de él” (p. 78).

J. Ratzinger manifiesta ante esta interpretación:

“Es una tesis que se desmiente por sí sola. Jesús puede hablar del Padre como lo hace sólo porque es el Hijo y está en comunión filial con Él. La dimensión cristológica, esto es, el misterio del Hijo como revelador del Padre, la “cristología”, está presente en todas las palabras y obras de Jesús (...) El discípulo que camina con Jesús se verá implicado con Él en la comunión con Dios. Y esto es lo que realmente salva: el trascender los límites del ser humano, algo para lo cual está ya predispuesto desde la creación, como esperanza y posibilidad, por su semejanza con Dios” (p. 30).

B) *Jacob Neusner*, representante del Judaísmo. Escribe esta obra: *A Rabbi talks with Jesús. An Intermillennial Interfaith Exchange*³. De este autor dice Ratzinger varias cosas:

3 New York, Doubleday, 1993.

“Neusner, judío observante y rabino, creció siendo amigo de cristianos católicos y evangélicos, enseña junto con teólogos cristianos en la universidad y siente un profundo respeto por la fe de sus colegas cristianos, aunque por supuesto está totalmente convencido de la validez de la interpretación judía de las Sagradas Escrituras. Su profundo respeto a la fe cristiana y su fidelidad al judaísmo lo han motivado a buscar el diálogo con Jesús.

En este libro, el autor se mezcla con el grupo de los discípulos en el «monte» de Galilea. Escucha a Jesús, compara sus palabras con las del Antiguo Testamento y con las tradiciones rabínicas fijadas en la *Misná* y el *Talmud*.” (pp. 133-134)

Está emocionado por la grandeza y pureza de sus palabras, pero al mismo tiempo le inquieta la incompatibilidad del Sermón de la Montaña con su propia fe. Finalmente decide por no seguir a Jesús, para quedarse, como él lo expresa, “con el Israel eterno” (p. 134).

¿Cuál es el motivo de su alejamiento de Jesús?

J. Ratzinger responde que se trata de una disputa respetuosa y franca entre un judío creyente y Jesús que le ha abierto los ojos “sobre la grandeza de la palabra de Jesús” y la encrucijada que plantea el Evangelio. “También yo, como cristiano, entro en ese diálogo para entender mejor lo que es auténticamente judío y lo que es el misterio de Jesús” (p. 97). Y más adelante dice: “el núcleo del «espanto» del judío observante Neusner ante el mensaje de Jesús, y el motivo central por el que no quiere seguir a Jesús y permanece fiel al «Israel eterno» es el siguiente: la centralidad del Yo de Jesús en su mensaje, que da a todo una nueva orientación. Como prueba de esta añadidura, Neusner cita aquí las palabras de Jesús al joven rico: «Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y sígueme» (cf. Mt 19,21). La perfección, el ser santo como lo es Dios, exigida por la *Torá* (cf. Lv 19,1; 11,44), consiste ahora en seguir a Jesús” (p. 135).

C) *Rudolf Bultmann*. En los años cincuenta comenzó a cambiar la situación en la investigación del Jesús histórico. La grieta entre el “Jesús histórico” y el “Cristo de la fe” se hizo cada vez más profunda; a ojos vista se alejaban uno de otro. El Nuevo Testamento no nos manifestaría a Jesús, sino solamente lo que la comunidad primitiva creía de él. Por lo tanto, habría que descubrir al “Jesús histórico” a través o a contrapelo del “Cristo de la fe” elaborado por los seguidores del Maestro. Todo lo que los evangelios ponen en boca de Jesús y suena a conciencia mesiánica, simplificando un poco, “no puede haberlo dicho él, o al menos no de este modo. Se imponía, pues, el examen o revisión de los distintos estratos de las tradiciones”.

J. Ratzinger no niega la utilidad del método histórico-crítico, pero afirma que debe ser despojado de sus prejuicios y limitaciones (cf. *Prólogo* del libro).

También sostiene J. Ratzinger un diálogo con R. Bultmann acerca del Evangelio de Juan (cf. pp. 262-264).

D) Otros autores.

“Se ha extendido en amplios círculos de la teología, particularmente en el ámbito católico, una reinterpretación secularista del concepto «reino» que da lugar a una nueva visión del cristianismo, de las religiones y de la historia en general, pretendiendo lograr así con esta profunda transformación que el supuesto mensaje de Jesús sea de nuevo aceptable. Se dice que antes del Concilio dominaba el eclesiocentrismo: se proponía a la Iglesia como el centro del cristianismo. Más tarde se pasó al cristocentrismo, presentado a Cristo como el centro de todo. Pero no es sólo la Iglesia la que separa, se dice, también Cristo pertenece sólo a los cristianos. Así que del cristocentrismo se pasó al teocentrismo y, con ello, se avanzaba un poco más en la comunión con las religiones. Pero tampoco así se habría alcanzado la meta, pues también Dios puede ser factor de división entre las religiones y entre los hombres. Por eso es necesario dar el paso hacia el reinocentrismo, hacia la centralidad del reino. Este sería al fin y al cabo, el corazón del mensaje de Jesús, y ésta sería la vía correcta para unir por fin las fuerzas positivas de la humanidad en su camino hacia el futuro del mundo; «reino» significaría simplemente un mundo en el que reinen la paz, la justicia y la salvaguardia de la creación. No se trataría de otra cosa. Este reino debería ser considerado como el destino final de la historia. Y el auténtico cometido de las religiones sería entonces el de colaborar todas juntas en la llegada del «reino». Por otra parte, todas ellas podría conservar sus tradiciones, vivir su identidad, pero, aun conservando sus diversas identidades, deberían trabajar por un mundo en el que lo primordial sea la paz, la justicia y el respeto a la creación...” (pp. 80-81).

J. Ratzinger responde a esta interpretación. Examinando más atentamente la cuestión, uno queda perplejo:

“¿Quién nos dice lo que es propiamente la justicia? ¿Qué es lo que sirve concretamente a la justicia? ¿Cómo se construye la paz? A decir verdad, si se analiza con detenimiento el razonamiento en su conjunto, se manifiesta como una serie de habladurías utópicas, carentes de contenido real, a menos que el contenido de estos conceptos sean en realidad una cobertura de doctrina de partido que todos deben aceptar.

Pero lo más importante es que por encima de todo destaca un quinto: Dios ha desaparecido, quien actúa ahora es solamente el hombre. El respeto por las “tradiciones” religiosas es sólo aparente. En realidad se las considera como una serie de costumbres que hay que dejar a la gente, aunque en el fondo no cuentan para nada. La fe, las religiones, son utilizadas para fines políticos. Cuenta sólo la organización del mundo. La religión interesa sólo en la medida en que puede ayudar a esto” (p. 82).

E) Karl Marx. Está poco acentuado este diálogo ya que la caída del marxismo arrastró en su caída la lectura revolucionaria de Jesús. No obstante

afirma Benedicto XVI: “Karl Marx describió drásticamente la «alienación» del hombre”.

J. Ratzinger responde a Marx afirmando que, “aunque no llegó a la verdadera profundidad de la alienación, pues pensaba sólo en lo material, aportó una imagen clara del hombre que había caído en manos de los bandidos” (p. 241).

F) F. Nietzsche. Este autor concluía uno de sus libros invitando a una revolución de lo natural frente a lo moral –contra Sócrates–, de lo mítico sacralizado frente a lo santo personal –Dionisio contra el Crucificado–. Se enfrentó con Jesús de Nazaret como la máxima amenaza para la humanidad por ser el defensor de los pobres, humildes, débiles y marginados, frente a los fuertes, sanos, robustos, los únicos que, según él, merecen vivir. Declaró la guerra a la compasión como el freno mayor ante su proyecto de gestar el superhombre (pp. 126-129).

8. ¿A QUIÉNES SE DIRIGE BENEDICTO XVI?

Benedicto XVI pone su libro al servicio de los creyentes a quienes quiere ayudar a conservar su fe en la Persona de Jesucristo como Redentor y Salvador del mundo (p. 8). R. Schnackenburg escribe: “mediante los esfuerzos de la investigación con métodos histórico-críticos no se logra, o se logra de modo insuficiente, una visión fiable de la figura histórica de Jesús de Nazaret”⁴.

II. CONTENIDO DEL LIBRO

Quien lea despacio el libro de Benedicto XVI se dará cuenta que se comporta como alguien que ha encontrado la noticia más importante de la historia de la humanidad y siente verdadero deseo de transmitirla y anunciarla a otros. Esta noticia es Jesucristo. Las partes de este Libro son:

1. PRÓLOGO

J. Ratzinger ha escrito un prólogo amplio (14 páginas) en el que explica el enfoque y la naturaleza del libro, así como la metodología empelada. Es necesario leer con mucha atención este prólogo ya que en él el Papa precisa sus intenciones. J. Ratzinger explica que, en la situación cultural actual y en

⁴ R. SCHNACKENBURG, *La Persona de Jesucristo reflejada en los cuatro Evangelios*, Barcelona, Herder, 1998, 348

muchas presentaciones de la figura de Jesús, existe una gran distancia entre el “Jesús histórico” y el “Cristo de la fe”. Esto hace que esté muy difundida la impresión de que sabemos poco ciertamente de Jesús y que sólo más tarde a través de la fe, su divinidad ha plasmado su imagen. “Esta situación es dramática para la fe, porque hace incierto su punto de referencia: la íntima amistad con Jesús, del cual todo depende, amenaza caer en el vacío”. Teniendo en cuenta los resultados de la investigación moderna, J. Ratzinger pretende presentarnos al Jesús de los Evangelios como el verdadero “Jesús histórico”, como una figura sensata y convincente a la que podemos y debemos referirnos con confianza y sobre la que tenemos motivos para apoyar nuestra fe y nuestra vida cristiana.

2. INTRODUCCIÓN: UNA PRIMERA MIRADA AL MISTERIO DE JESÚS

Después de haber establecido el presupuesto metodológico y antes de iniciar el estudio de los acontecimientos más significativos de la vida del Señor, J. Ratzinger nos ofrece una introducción titulada “una mirada inicial al misterio de Jesús”.

2.1. *La historia de Moisés*

- ¿Quién es Moisés? “El punto decisivo es que ha hablado con Dios como con un amigo: sólo de ahí podrían provenir sus obras, sólo de esto podía proceder la ley que debía mostrar a Israel el camino a través de la historia” (p. 26).
- Promesa de un nuevo profeta. “La verdadera característica de este «profeta» será que tratará a Dios cara a cara como un amigo habla con el amigo. Su rasgo distintivo es el acceso inmediato a Dios, de modo que puede transmitir la voluntad y la palabra de Dios de primera mano, sin falsearla. Y esto es lo que salva, lo que Israel y la humanidad están esperando” (p. 27).
- La petición de Moisés a Dios y la respuesta de Dios: “Déjame ver tu gloria” (Ex 33,18). La petición no es atendida: “Mi rostro no lo puedes ver, pues ningún ser humano puede verlo y seguir viviendo”. Y continuó: “He aquí un lugar junto a mí; tú puedes situarte sobre la roca. Cuando pase mi gloria, te colocaré en la hendidura de la roca y te crujiré con mi mano hasta que haya pasado. Luego retiraré mi mano y tú podrás ver mi espalda; pero mi rostro no lo verás” (Ex 33,20-23). Continúa J. Ratzinger:

“El acceso inmediato de Moisés a Dios, que le convierte en el mediador de la alianza, tiene sus límites. No puede ver el rostro de Dios, aunque se le permite

entrar en la nube de su cercanía y hablar con Él como con un amigo. Así la promesa de «un profeta como yo» lleva en sí una expectativa mayor todavía no explícita: al último profeta, al nuevo Moisés, se le otorgará el don que se niega al primero: ver real e inmediatamente el rostro de Dios y, por ello, poder hablar basándose en que lo ve plenamente y no sólo después de haberlo visto de espaldas. Este hecho se relaciona de por sí con la expectativa de que el nuevo Moisés será el mediador de una Alianza superior a la que Moisés podía traer del Sinaí (Hb 9,11-24)” (pp. 27-28).

2.2. *Jesús de Nazaret*

“En este contexto hay que leer el final del Prólogo del Evangelio de Juan: «A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer» (1,18)” (p. 28). J. Ratzinger comenta este texto diciendo: “En Jesús se cumple la promesa del nuevo profeta. En Él se ha hecho plenamente realidad lo que en Moisés era sólo imperfecto: Él vive ante el rostro de Dios no sólo como amigo, sino como Hijo; vive en la más íntima unidad con el Padre” (p. 28).

Benedicto XVI sigue su reflexión afirmando:

“sólo partiendo de esta afirmación se puede entender verdaderamente la figura de Jesús, tal como se nos muestra en el Nuevo Testamento; en ella se fundamenta todo lo que se nos dice sobre las palabras, las obras, los sufrimientos y la gloria de Jesús. Si se prescinde este centro esencial, no se percibe lo específico de la figura de Jesús, que se hace entonces contradictoria y, en última instancia, incomprensible. La reacción de sus oyentes fue clara: esa doctrina no procede de ninguna escuela; es radicalmente diferente a lo que se puede aprender en las escuelas. Es diferente: es una explicación «con autoridad». La doctrina de Jesús no procede de enseñanzas humanas, sean del tipo que sean, sino del contacto inmediato con el Padre, del diálogo «cara a cara», de la visión de Aquel que descanza «en el seno del Padre»” (p. 29).

El Papa contempla de cerca de Jesús orante y dice: “para entender a Jesús, resultan fundamentales las repetidas indicaciones de que se retiraba «al monte» y allí oraba noches enteras «a solas» con el Padre. Estas breves anotaciones recorren un poco el velo del misterio, nos permiten asomarnos a la existencia filial de Jesús, entrever el origen último de sus acciones, de sus enseñanzas y de su sufrimiento” (p. 29). Prosigue el autor afirmando: “este «orar» de Jesús es la conversación del Hijo con el Padre, en el que están implicadas la conciencia y la voluntad humanas, el alma humana de Jesús, de forma que la «oración» del hombre pueda llegar a ser una participación en la comunidad del Hijo con el Padre” (p. 29).

3. LOS CAPÍTULOS

J. Ratzinger comienza el estudio de la vida de Jesús a partir de la vida pública: “Me parecía urgente presentar sobre todo la figura y el mensaje de Jesús en su vida pública, con el fin de favorecer en el lector un crecimiento de su relación viva con Él” (p. 21). El estudio sobre “la vida oculta de Jesús” lo hará más tarde.

3.1. Capítulo primero: el Bautismo de Jesús

Después de hablar de los “movimientos, esperanzas y expectativas contrastantes (que) determinaban el clima religioso y político” (pp. 34-36), y de presentar la figura de Juan el Bautista y el significado de su bautismo (pp. 36-37), Benedicto XVI explica el bautismo de Jesús.

¿Por qué Jesús se bautiza? El Papa se plantea una pregunta que siempre se ha hecho: ¿por qué, si Jesús es el Santo de Dios, se bautiza con el bautismo de Juan que trata del reconocimiento de los pecados, de la confesión de las culpas y del propósito de poner fin a una vida pecaminosa para recibir una nueva? Juan es el primero en plantearse esta pregunta al decir: “Soy yo el que necesita que me bautices” (Mc 3, 4).

Significado del bautismo de Jesús. J. Ratzinger explica el significado del bautismo de Jesús por Juan como una anticipación de la cruz ya que había cargado con los pecados de la humanidad entrando en ella en el río Jordán: “la anticipación de la muerte en la cruz que tiene lugar en el bautismo de Jesús, y la anticipación de la resurrección, anunciada en la voz del cielo, se han hecho ahora realidad” (pp. 40-41). Jesús “acepta la muerte por los pecados de la entera humanidad”. La voz desde el cielo, que señala a Jesús como Hijo predilecto de Dios, “es la llamada anticipada a la resurrección”. El significado pleno del bautismo de Cristo se manifiesta en la cruz.

En la historia de la salvación: “El bautismo de Jesús se entiende así como compendio de toda la historia, en el que se retoma el pasado y se anticipa el futuro: el ingreso en los pecados de los demás es el descenso al «infierno», no sólo como espectador, como ocurre en Dante, sino «con-padeciendo» y, con un sufrimiento transformador, convirtiendo los infiernos, abriendo y derribando las puertas del abismo. Es el descenso a la casa del mal, la lucha con el poderoso que tiene prisionero al hombre (...) El sacramento —el Bautismo— aparece así como una participación en la lucha transformadora del mundo emprendida por Jesús en el cambio de vida que se ha producido en su descenso y ascenso” (pp. 42-43).

Jesús, el Cordero de Dios. Juan Bautista, al ver a Jesús, dice: “Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29). ¿Qué significa “cordero de Dios”? se pregunta J. Ratzinger. Después de citar a Joachim Jeremias (pp. 43-44), Ratzinger afirma: “la expresión «Cordero de Dios» interpreta, si podemos decirlo así, la teología de la cruz que hay en el bautismo de Jesús, su descenso a las profundidades de la muerte” (p. 45). Jesús es el Siervo de Dios que, conforme al anuncio de Isaías, está dispuesto a entregarse a la muerte “por nuestros pecados” y destinado por eso a ser exaltado para siempre como Señor.

El cielo “se rasgó”, “se abrió” y el Espíritu bajó sobre Él y se oyó una voz del cielo que dijo: “Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto” (Mt 3,17). Benedicto XVI comenta estos textos destacando tres aspectos:

- La imagen del cielo que se abre significa “su comunión con la voluntad del Padre, la «toda justicia» que cumple, abre el cielo, que por su propia esencia es precisamente allí donde se cumple la voluntad de Dios” (p. 45).
- “La proclamación por parte de Dios, el Padre, de la misión de Cristo, pero que no supone un hacer, sino su ser: Él es el Hijo predilecto, sobre el que descansa el beneplácito de Dios” (pp. 45-46).
- “Aquí encontramos, junto con el Hijo, también al Padre y al Espíritu Santo: se preanuncia el misterio del Dios trino, que naturalmente sólo se puede manifestar en profundidad en el transcurso del camino completo de Jesús. En este sentido, se perfila un arco que enlaza este comienzo del camino de Jesús con las palabras con las que el Resucitado enviará a sus discípulos a recorrer el «mundo»: «Id y haced discípulos (...)» (Mt 28,19). El bautismo que desde entonces administran los discípulos de Jesús es el ingreso en el bautismo de Jesús, el ingreso en la realidad que Él ha anticipado con su bautismo. Así se llega a ser cristiano” (p 46).

El bautismo de Jesús no es “una experiencia vocacional”. Termina Benedicto XVI este capítulo con unas palabras que debemos tener en cuenta: “una amplia corriente de la teología liberal ha interpretado el bautismo de Jesús como una experiencia vocacional (...) Pero nada de esto se encuentra en los textos. ...Éstos no nos permiten mirar la intimidad de Jesús. Él está por encima de nuestras psicologías (Romano Guardini). Pero nos dejan apreciar en qué relación está Jesús con «Moisés y los Profetas», nos dejan conocer la íntima unidad de su camino desde el primer momento de su vida hasta la cruz y la resurrección (...) Jesús se presenta ante nosotros más bien como «el Hijo predilecto» que si por un lado es totalmente Otro, precisamente por ello puede ser contemporáneo de todos nosotros” (pp. 46-47).

3.2. *Capítulo segundo: las tentaciones de Jesús en el desierto*

La primera disposición del Espíritu es llevar a Jesús al desierto para ser tentado por el diablo entrando de esta manera en el drama de la existencia humana.

¿De qué se trata en las tentaciones? “La cuestión es Dios: ¿es verdad o no que Él es el real, la realidad misma? ¿Es Él mismo el Bueno, o debemos inventar nosotros mismos lo que es bueno? La cuestión de Dios es el interrogante fundamental que nos pone ante la encrucijada de la existencia humana. ¿Qué debe hacer el Salvador del mundo o qué no debe hacer?: ésta es la cuestión de fondo en las tentaciones de Jesús” (p. 53). Para salvar a la humanidad, Jesús debe vencer las principales tentaciones que amenazan, en diferentes formas o maneras, al hombre y a la mujer de todos los tiempos y lugares y ha de transformarlas en obediencia, reapertura del camino del hombre hacia Dios, hacia el Reino de Dios.

Explicación de cada tentación.

– La primera tentación: “Si eres Hijo de Dios di que estas piedras se conviertan en panes” (Mt 4,3). Esta tentación vuelve a repetirse en la cruz: “Si eres el Hijo de Dios baja de la cruz” (Mt 27,40). “Aquí se superponen la burla y la tentación: para ser creíble, Cristo debe dar una prueba de lo que dice ser. Esta petición se la dirigimos también nosotros a Dios, a Cristo y a su Iglesia a lo largo de la historia: si existes, Dios, tienes que mostrarte. –Debes despejar las nubes que te ocultan y darnos la claridad que nos corresponde” (pp. 54-55). “La prueba de la existencia de Dios que el tentador propone en la primera tentación consiste en convertir las piedras del desierto en pan (...) ¿Qué se opone más a la fe en un Dios bueno y a la fe en un redentor de los hombres que el hambre de la humanidad? El primer criterio para identificar al redentor ante el mundo y pro el mundo, ¿no debe ser que le dé pan y acabe con el hambre de todos?” (p. 55). “¿No se debería decir lo mismo a la Iglesia? Si quieres ser la Iglesia de Dios, preocúpate ante todo del pan para el mundo, lo demás vienes después” (p. 56).

La multiplicación de los panes. ¿Por qué Jesucristo en el desierto rechazó la tentación de convertir las piedras en pan, y sin embargo, accedió a hacer el milagro de la multiplicación de los panes? (p. 56). Jesús realizó el milagro porque aquella buena gente buscaba sinceramente a Dios, tenía hambre de Él y además estaba dispuesta a compartir el pan recibido. Por el contrario, en otras ocasiones se negó a realizar signos prodigiosos cuando no eran solicitados con la debida apertura al don de Dios y sin la disposición de conversión interior (cf. pp. 56-57).

La Última Cena. Ratzinger nos hace caer en la cuenta de que “Este segundo relato sobre el pan nos remite anticipadamente a un tercer relato y es su preparación: la Última Cena que se convierte en la Eucaristía de la iglesia y el milagro permanente de Jesús sobre el pan. Jesús mismo se ha convertido en grano de trigo que, muriendo, da mucho fruto (cf. Jn 12,24). Él mismo se ha hecho pan para nosotros, y esta multiplicación del pan durará inagotablemente hasta el fin de los tiempos. De este modo entendemos las palabras de Jesús [a Satanás]” (p. 57), cuando se negó en aquella circunstancia a convertir las piedras en pan: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mt 4,4)” (p. 57). “Cuando no se respeta la jerarquía de los bienes, sino que se invierte, ya no hay justicia, ya no hay preocupación por el hombre que sufre, sino que se crea desajuste y destrucción también en el ámbito de los bienes materiales. Cuando a Dios se le da una importancia secundaria... entonces fracasan estas cosas presuntamente más importantes (...). Las ayudas de occidente a países pobres basadas en principios puramente técnico-materiales, que no sólo han dejado de lado a Dios, sino que, además, han apartado a los hombres de Él con su orgullo... han hecho del Tercer Mundo el *Tercer Mundo* en sentido actual (...) No se puede gobernar la historia con estructuras materiales, prescindiendo de Dios” (p. 58).

– La segunda tentación: “Si eres Hijo de Dios, tírate abajo...” (Mt 4,3). “El diablo muestra ser un gran conocedor de las Escrituras, sabe citar el Salmo con exactitud”; el diablo se presenta como teólogo. “No se trata de un no a la interpretación científica de la Biblia como tal, sino de una advertencia sumamente útil y necesaria ante sus posibles extravíos. La interpretación de la Biblia puede convertirse, de hecho, en un instrumento del Anticristo (...) A partir de resultados aparentes de la exégesis científica se han escrito los peores y más destructivos libros de la figura de Jesús, que dismantelan la fe. Hoy en día se somete la Biblia a la norma de la denominada visión del mundo, cuyo dogma fundamental es que Dios no puede actuar en la historia y, que, por tanto, todo lo que hace referencia a Dios debe estar circunscrito al ámbito de lo subjetivo” (pp. 60).

– La tercera tentación: “Todo esto te daré si te postras y me adoras” (Mt 4,9). El diablo ofrece a Jesús en esta tentación dominar sobre los reinos del mundo... “En el curso de los siglos, bajo distintas formas, ha existido esta tentación de asegurar la fe a través del poder, y la fe ha corrido siempre el riesgo de ser sofocada precisamente por el abrazo del poder. La lucha por la libertad de la Iglesia, la lucha para que el reino de Jesús no pueda ser identificado con ninguna estructura política, hay que librarla en todos los siglos. En efecto, la fusión entre fe y poder político siempre tiene un precio: la fe se pone al servicio del poder y debe doblegarse a sus criterios” (p. 65). Esta tentación resulta ser la

tentación fundamental ya que se refiere a la pregunta sobre lo que debe hacer un salvador del mundo. (...) “¿Qué ha traído Jesús, si no ha conseguido un mundo mejor? ¿No debe ser éste acaso el contenido de la esperanza mesiánica?”. ¿Qué ha traído Jesús realmente, si no ha traído la paz al mundo, el bienestar para todos, un mundo mejor? ¿Qué ha traído? La respuesta es muy sencilla. Ha traído a Dios: ahora conocemos su rostro, ahora podemos invocarlo. Ahora conocemos el camino que debemos seguir como hombres en este mundo. Jesús ha traído a Dios y, con Él, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor (pp. 68-70). Y termina Benedicto XVI afirmando:

“en la lucha contra Satanás ha vencido Jesús. Frente a la divinización fraudulenta del poder y del bienestar, frente a la promesa mentirosa de un futuro que, a través del poder y la economía, garantiza todo a todos, él contrapone la naturaleza divina de Dios, Dios como auténtico bien del hombre. Frente a la invitación a adorar el poder, el Señor pronuncia unas palabras del Deuteronomio: «Al Señor tu Dios, adorarás y a Él sólo darás culto» (Mc 4,10; cf. Dt 6,13)” (p. 70).

3.3. *Capítulo tercero: el anuncio del reino de Dios.*

El contenido central del Evangelio es el Reino de Dios. Ante la llegada del reino, Jesús pide a todos una respuesta de conversión y de fe. Este Reino es el señorío de Dios sobre el mundo y sobre la historia.

Dimensión cristológica del Reino de Dios.

“Orígenes ha descrito a Jesús (...) como *autobasileía*, es decir, como el reino en persona. Jesús mismo es el «reino»; el reino no es una cosa, no es un espacio de dominio como los reinos terrenales. Es persona, es Él. La expresión «Reino de Dios», pues, sería una cristología encubierta. Con el modo en que habla del «Reino de Dios», Él conduce a los hombres al hecho grandioso de que, en Él, Dios mismo está presente en medio de los hombres, que Él es la presencia de Dios.

Una segunda línea interpretativa del significado del Reino de Dios que podríamos definir como «idealista» o también «mística», considera que el Reino de Dios se encuentra esencialmente en el interior del hombre. (...) El «Reino de Dios» no se encuentra en ningún mapa. No es un reino como los de este mundo; su lugar está en el interior del hombre. Allí crece, y desde allí actúa” (pp. 76-77).

“La tercera dimensión en la interpretación del Reino de Dios podríamos denominarla eclesial: en ella el reino de Dios y la Iglesia se relacionan entre sí de diversas maneras y estableciendo entre ellos una mayor o menor identificación” (p. 77).

Una llamada de atención:

“Se ha extendido en amplios círculos de la teología, particularmente en el ámbito católico, una reinterpretación secularista del concepto de «reino» que da lugar a una nueva visión del cristianismo, de las religiones y de la historia en general, pretendiendo lograr así con esta profunda transformación que el supuesto mensaje de Jesús sea de nuevo aceptable. Se dice que antes del Concilio dominaba el eclesiocentrismo: se proponía a la Iglesia como el centro del cristianismo. Más tarde se pasó al cristocentrismo, presentando a Cristo como el centro de todo. Pero no es sólo la Iglesia la que separa, se dice, también Cristo pertenece sólo a los cristianos. Así que del cristocentrismo se ha pasado al teocentrismo y, con ello, se avanzaba un poco más en la comunión con las religiones. Pero tampoco así se habría alcanzado la meta, pues también Dios puede ser factor de división entre las religiones y entre los hombres.

Por eso es necesario dar el paso hacia el reinocentrismo, hacia la centralidad del reino. Éste sería, al fin y al cabo, el corazón del mensaje de Jesús, y ésta sería la vía correcta para unir las fuerzas positivas de la humanidad en su camino hacia el futuro del mundo; «reino» significaría simplemente un mundo en el que reinan la paz, la justicia y la salvaguardia de la creación. No se trataría de otra cosa. Este «reino» debería ser considerado como el destino final de la historia. Y el auténtico cometido de las religiones sería entonces el de colaborar todas juntas en la llegada del «reino»...” (pp. 80-81).

J. Ratzinger responde a esta interpretación: “Lo más importante es que por encima de todo destaca un punto: Dios ha desaparecido, quien actúa ahora es solamente el hombre. El respeto por las «tradiciones» religiosas es sólo aparente. En realidad, se las considera como una serie de costumbres que hay que dejar a la gente, aunque en el fondo no cuenten para nada. La fe, las religiones, son utilizadas para fines políticos. Cuenta sólo la organización del mundo. La religión interesa sólo en la medida en que puede ayudar a esto” (p. 82).

Termina su reflexión con estas palabras: “El tema del «Reino de Dios» impregna toda la predicación de Jesús. Por eso sólo podemos entenderlo desde la totalidad de su mensaje” (p. 90).

3.4. Capítulo cuarto: el sermón de la montaña.

En este sermón aparece Jesús como el “nuevo Moisés” que lleva a cumplimiento la Ley. Benedicto XVI desarrolla en este capítulo dos temas:

3.4.1. Las bienaventuranzas

“Han sido consideradas con frecuencia como la antítesis neotestamentaria del Decálogo, como la ética superior, por así decirlo, frente a los mandamientos del Antiguo Testamento. Esta interpretación confunde por completo el sentido de las palabras de Jesús. Jesús ha dado siempre por descontada la validez del Decálogo (Mc 10,19; Lc 16,17); en el Sermón de la Montaña se recogen y pro-

fundizan los mandamientos de la segunda tabla, pero no son abolidos (cf. Mt 5,21-48)” (pp. 97-98).

¿Qué son las Bienaventuranzas?

“Expresan lo que significa ser discípulo” (...) (p. 101).

“Son la transposición de la cruz y la resurrección a la existencia del discípulo. Pero son válidas para los discípulos porque primero se han hecho realidad en Cristo como prototipo” (p. 101). “El Sermón de la Montaña es una cristología encubierta. Tras ella está la figura de Cristo, de ese hombre que es Dios, pero que precisamente por eso desciende, se despoja de su grandeza hasta la muerte en la cruz” (p. 128).

“Son como una velada biografía de Jesús, como un retrato de su figura...Jesús es el auténtico pobre; Él es verdaderamente puro de corazón...Es constructor de la paz; el que sufre por amor de Dios (...). Por su oculto carácter cristológico las Bienaventuranzas son señales que indican el camino también a la Iglesia, que debe reconocer en ellas su modelo; orientaciones para el seguimiento que afecta a cada fiel, si bien de modo diferente, según las diversas vocaciones” (p. 102).

El Papa pasa a explicar cada una de las bienaventuranzas (pp. 102-125). Insertamos aquí unas palabras de J. Ratzinger sobre la primera bienaventuranza: ¡Bienaventurados los pobres! “La pobreza de que se habla nunca es un simple fenómeno material. La pobreza puramente material no salva, aun cuando sea cierto que los más perjudicados de este mundo pueden contar de un modo especial con la bondad de Dios. Pero el corazón de los que no poseen nada puede endurecerse, envenenarse, ser malvado, estar por dentro lleno de afán de poseer, olvidando a Dios y condicionando sólo bienes materiales” (pp. 104-105).

“Por otro lado, la pobreza de que se habla aquí tampoco es simplemente una actitud espiritual. (...) La Iglesia, para ser comunidad de los pobres de Jesús, necesita siempre figuras capaces de grandes renunciaciones; necesita comunidades que le sigan, que vivan la pobreza y la sencillez, y con ello muestren la verdad de las Bienaventuranzas para despertar la conciencia de todos, a fin de que entiendan el poseer sólo como servicio y, frente a la cultura del tener, contrapongan la cultura de la libertad interior, creando así las condiciones de la justicia social. El Sermón de la Montaña como tal no es un programa social, eso es cierto. Pero sólo donde la gran orientación que nos da se mantiene viva en el sentimiento y en la acción, sólo donde la fuerza de la renuncia y la responsabilidad por el prójimo y por toda la sociedad surge como fruto de la fe, sólo allí puede crecer también la justicia social. Y la Iglesia en su conjunto debe ser consciente de que ha de seguir siendo reconocible como la comunidad de los pobres de Dios (...) Toda renovación de la Iglesia puede partir sólo de aquellos en los que vive la misma humildad decidida y la misma bondad dispuesta al servicio” (p. 105).

La cuestión fundamental que se plantea: “¿es correcta la orientación que el Señor nos da en las Bienaventuranzas y en las advertencias contrarias? ¿Es realmente malo ser rico, estar satisfecho, reír, que hablen bien de nosotros?” (p. 126). F. Nietzsche se apoyó en este punto para criticar al cristianismo:

“No sería la doctrina cristiana lo que habría que criticar; se debería censurar la moral del cristianismo como un «crimen capital contra la vida». Y con «moral del cristianismo» quería referirse exactamente al camino que nos señala el Sermón de la Montaña. «¿Cuál habría sido hasta hoy el mayor pecado sobre la tierra? ¿No había sido quizás la palabra de quien dijo: ‘Ay de los que ríen?’». Y contra las promesas de Cristo dice: no queremos en absoluto el reino de los cielos. “Nosotros hemos llegado a ser hombres, y por tanto queremos el reino de la tierra”.

La visión del Sermón de la Montaña aparece como una religión del resentimiento, como la envidia de los cobardes e incapaces, que no están a la altura de la vida, y quieren vengarse con las Bienaventuranzas, exaltando su fracaso e injuriando a los fuertes, a los que tienen éxito, a los que son afortunados. A la amplitud de miras de Jesús se le opone una concentración angosta en las realidades de aquí abajo, la voluntad de aprovechar ahora el mundo y lo que la vida ofrece, de buscar el cielo aquí abajo y no dejarse inhibir por ningún tipo de escrúpulo” (pp. 126-127).

Ante esta interpretación, el Papa manifiesta:

“Muchas de estas ideas han penetrado en la conciencia moderna y determinan en gran medida el modo actual de ver la vida. De esta manera, el Sermón de la Montaña plantea la cuestión de la opción de fondo del cristianismo, y como hijos de este tiempo sentimos la resistencia interior contra esta opción, aunque a pesar de todo nos haga mella el elogio de los mansos, de los compasivos, de los que trabajan por la paz, de las personas íntegras” (p. 127).

Y añade:

“Sí, las Bienaventuranzas se oponen a nuestro gusto espontáneo por la vida a nuestra hambre y sed de vida. Exigen “conversión”, un cambio de marcha interior respecto a la dirección que tomaríamos espontáneamente. Pero esta conversión saca a la luz lo que es puro y más elevado, dispone nuestra existencia de manera correcta (...) La verdadera “moral” del cristianismo es el amor. Y éste, obviamente, se opone al egoísmo; es un salir de uno mismo, pero es precisamente de este modo como el hombre se encuentra consigo mismo Frente al tentador brillo de la imagen del hombre que da Nietzsche, este camino parece en principio miserable, incluso poco razonable. Pero es el verdadero “camino de alta montaña” de la vida; sólo por la vía del amor, cuyas sendas se describen en el Sermón de la Montaña, se descubre la riqueza de la vida, la grandiosidad de la vocación del hombre” (pp. 128-129).

3.4.2. La *Torá* del Mesías

Este apartado contiene cuatro puntos que reflejamos aquí:

- “Se ha dicho... pero Yo os digo” (pp. 129-136),
- “La disputa sobre el sábado” (pp. 136-144).
- “El cuarto mandamiento: la familia, el pueblo y la comunidad de los discípulos de Jesús” (pp. 144-155)
- “Compromiso y radicalidad profética” (pp. 155-160).

En las antítesis del Sermón de la Montaña Jesús se nos presenta no como un rebelde ni como un liberal, sino el intérprete profético de la *Torá*, que Él no suprime, sino que le da cumplimiento, y la cumple precisamente dando a la razón que actúa en la historia el espacio de su responsabilidad. Así, también el cristiano deberá reelaborar y reformular constantemente los ordenamientos sociales, una “doctrina social cristiana” (pp. 159-160).

3.5. Capítulo quinto: la oración del Señor

El discípulo de Jesús recibe el don de la oración de manos de Jesús, y puede invocar al Padre con las palabras que él mismo Jesús nos enseñó: El Padrenuestro. Además nos invita a descubrir la oración del Padrenuestro en el que “se afirma en primer lugar la primacía de Dios, de la que se deriva por sí misma la preocupación por el modo recto de ser hombre. También aquí se trata ante todo del camino del amor, que es al mismo tiempo un camino de conversión. Para que el hombre pueda presentar sus peticiones adecuadamente tiene que estar en la verdad. Y la verdad es: «Primero Dios, el Reino de Dios» (cf. Mt 6,33). Antes de nada hemos de salir de nosotros mismo y abrirnos a Dios. Nada puede llegar a ser correcto si no estamos en el recto orden con Dios. Por eso, el Padrenuestro comienza con Dios y, a partir de Él, nos lleva por los caminos del ser hombres. (...) Sabemos que Él está con nosotros, que nos lleva de la mano y nos salva. (...) Dado que el Padrenuestro se trata de una oración trinitaria: con Cristo mediante el Espíritu Santo oramos al Padre” (pp. 168-169).

Aprovecha la ocasión para decirnos cómo debemos orar:

- La oración “no ha de ser una exhibición ante los hombres; requiere esa discreción que es esencial en una relación de amor (...) Esta discreción no excluye la dimensión comunitaria: el mismo Padrenuestro es una oración en primera persona del plural, y sólo entrando a formar parte del «nosotros» de los hijos de Dios podemos traspasar los límites de este mundo y elevarnos a Dios. No obstante, este «nosotros» reaviva lo más íntimo de mi persona; al rezar, siempre han de compenetrarse el aspecto exclusivamente personal y el comunitario” (pp. 161-162).
- “Otra forma equivocada de rezar ante la cual el Señor nos pone en guardia es la palabrería, la verborrea con la que se ahoga el espíritu. Todos nosotros conocemos el peligro de recitar fórmulas recibidas mientras

el espíritu parece estar ocupado en otras cosas. Estamos mucho más atentos cuando pedimos algo a Dios aquejados por una pena interior o cuando le agradecemos con corazón jubiloso un bien recibido. Pero lo más importante, por encima de tales situaciones momentáneas, es que la relación con Dios permanezca en el fondo de nuestra alma (...) rezaremos tanto mejor cuanto más profundamente esté enraizada en nuestra alma la orientación hacia Dios” (pp. 162-163).

- “Esta oración verdadera, este estar interiormente con Dios de manera silenciosa, necesita un sustento y para ello, sirve la oración que se expresa con palabras, imágenes y pensamientos. Cuanto más presente está Dios en nosotros, más podemos estar verdaderamente con Él en la oración vocal. Pero puede decirse también a la inversa. La oración activa hace realidad y profundiza nuestra estar con Dios” (p. 163). Benedicto XVI nos exhorta con San Benito a que, al orar, nuestro espíritu concuerde con nuestra voz (p. 164). Respecto a la mística cristiana, nos dice Ratzinger: “ésta no es en primer lugar un sumergirse en sí mismo, sino un encuentro con el Espíritu de Dios en la palabra que nos precede, un encuentro con el Hijo y con el Espíritu Santo y, así, un entrar en unión con el Dios vivo, que está siempre tanto en nosotros como por encima de nosotros” (p. 165).

A continuación Benedicto XVI hace una pequeña introducción a la oración del Padrenuestro poniendo de relieve lo siguiente:

- El contexto de la misma es para Mateo: “una pequeña catequesis sobre la oración en general”, para Lucas, el contexto es “el camino de Jesús hacia Jerusalén”. Y afirma J. Ratzinger: “el encuentro con la oración de Jesús que despierta en los discípulos el deseo de aprender de Él cómo se debe orar” (p. 165)
- La forma en que nos ha sido transmitido el Padrenuestro: “Mateo nos ha transmitido el Padrenuestro en la forma con que la Iglesia lo ha aceptado y utilizado en su oración. Lucas nos ha dejado una versión más breve” (p. 167).
- La estructura del Padrenuestro en Mateo está “compuesta de una invocación inicial, y siete peticiones” (pp. 167-168).

Después de esta introducción breve, Benedicto XVI pasa a explicar el significado de la invocación y de las siete peticiones del Padrenuestro (cf. pp. 169-205).

3.6. *Capítulo sexto: los discípulos de Jesús*

- “Jesús llamó a los que quiso” (Mc 3,13). “Uno no puede hacerse discípulo por sí mismo, sino que es el resultado de una elección, una decisión de la

voluntad del Señor basada, a su vez, en su unidad de voluntad con el Padre” (pp. 208-209).

- “Escogió a doce de ellos y los nombró apóstoles” (Lc 6,12ss.). “El número doce es un retorno a los orígenes de Israel, pero al mismo tiempo es un símbolo de esperanza: Israel en su totalidad queda restablecido, las doce tribus son reunidas de nuevo (...) Doce, el número de las tribus, es al mismo tiempo un número cósmico, en el que se expresa la universalidad del pueblo de Dios que renace. Los Doce son presentados como los padres fundadores de este pueblo universal que tiene su fundamento en los Apóstoles” (p. 209).

- “Para que estuvieran con Él y para enviarlos” (Mc 3,14). “Tienen que estar con Él para conocerlo, para tener ese conocimiento de Él que las «gentes» no podían alcanzar porque lo veían desde el exterior y lo tenían por un profeta, un gran personaje de las religiones, pero sin percibir su carácter único (cf. Mt 16,13s). Los Doce tienen que estar con Él para conocer a Jesús en su ser uno con el Padre y así poder ser testigos de su misterio (...) Se podría decir que tienen que pasar de la comunión exterior con Jesús a la interior” (p. 210-211).

- “Para ser enviados”. Están ahí para ser los enviados de Jesús, los que lleven su mensaje al mundo... Estar con Jesús y ser enviados parecen a primera vista excluirse recíprocamente, pero ambos aspectos están íntimamente unidos. Los Doce tienen que aprender a vivir con Él de tal modo que puedan estar con Él incluso cuando vayan hasta los confines de la tierra. El estar con Jesús conlleva por sí mismo la dinámica de la misión, pues, en efecto, todo el ser de Jesús es misión” (pp. 210-211).

- “¿A qué los envía?”

- “A predicar con poder para expulsar a los demonios (cf. Mc 3,14s; cf. Mt. 10,1). El primer encargo es el de predicar: dar a los hombres la luz de la palabra, el mensaje de Jesús. Los Apóstoles son ante todo evangelistas (...) Dado que el mundo está dominado por las fuerzas del mal, este anuncio es al mismo tiempo una lucha contra esas fuerzas” (p. 211).

- “A exorcizar el mundo”, es decir, “iluminar el mundo con la luz de la “ratio” que procede de la eterna Razón creadora, así como de su bondad salvadora: ésta es una tarea central y permanente de los mensajeros de Cristo Jesús”⁵ (p. 213).

- “A curar toda clase de enfermedades y dolencias” (Mt 10,1):

“Curar es una dimensión fundamental de la misión apostólica, de la fe cristiana en general. (...) El poder curador de los enviados de Cristo Jesús se opone a los

5 Cf. Ef 6,10-12.

devaneos de la magia; exorciza también el mundo en el ámbito de la medicina. En las curaciones milagrosas del Señor y los Doce, Dios se revela con su poder benigno sobre el mundo. Son en esencia «señales» que remiten a Dios mismo y quieren poner a los hombres en camino hacia Dios. Sólo el camino de unión progresiva con Él puede ser el verdadero proceso de curación del hombre. Así, las curaciones milagrosas son para Jesús y los suyos un elemento subordinado en el conjunto de su actividad, en la que está en juego lo más importante, el «Reino de Dios» justamente, que Dios sea Señor en nosotros y en el mundo. (...) El curar por medio del poder de Dios es al mismo tiempo una invitación a creer en Él y a utilizar las fuerzas de la razón para el servicio de curar. Con ello se entiende una razón abierta, que percibe a Dios y por tanto reconoce también a los hombres como unidad de cuerpo y alma. Quienquiera curar realmente al hombre, ha de verlo en su integridad y debe saber que su última curación sólo puede ser el amor de Dios” (pp. 214-215).

• “¿Quiénes son los discípulos?”.

– Un primer grupo: los Doce: “podemos suponer que *los Doce* eran judíos creyentes y observantes, que esperaban la salvación de Israel. Pero, en lo que respecta a sus posiciones concretas, a su modo de concebir la salvación, eran sumamente diferentes. ...Precisamente en esta diversidad de orígenes, de temperamentos y maneras de pensar, los Doce representan a la Iglesia de todos los tiempos y la dificultad de su tarea de purificar a los hombres y unirlos en el celo de Jesús” (p. 217).

– Un segundo grupo: los setenta o setenta y dos: sólo Lucas nos narra que Jesús formó además un segundo grupo que “constaba de setenta (o setenta y dos) discípulos, que fueron enviados con una tarea similar a la de los Doce (cf. 10,1-2)” (p. 218). “En ellos se anuncia el carácter universal del Evangelio, pensado para todos los pueblos de la tierra” (p. 219).

– Las mujeres. Lucas (8,1-3) “nos relata que Jesús, que caminaba junto con los Doce, predicando, también iba acompañado de algunas mujeres, y «muchas otras que lo ayudaban con sus bienes» (Lc 8,3)” —continúa afirmando J. Ratzinger a este respecto que— la diferencia entre el discipulado de los Doce y el de las mujeres es evidente: el contenido de ambos es completamente diferente. No obstante, Lucas deja claro algo que también consta de muchos modos en los otros Evangelios: que «muchas» mujeres formaban parte de la comunidad restringida de creyentes, y que su acompañar a Jesús en la fe era esencial para pertenecer a esa comunidad, como se demostraría claramente al pie de la cruz y en el contexto de la resurrección” (pp. 219-220).

Otros detalles. También es bueno poner de relieve algunos detalles de Lucas: “no se puede dejar de reconocer en él una «opción preferencial» por los pobres” y también “una especial comprensión por los judíos” así como “gran importancia a la oración de Jesús como fuente de su predicación y de su actua-

ción: nos muestra que todo el obrar y el hablar de Jesús brotan de su ser íntimamente uno con el Padre, del diálogo entre Padre e Hijo” (pp. 220-221).

3.7. Capítulo séptimo: las parábolas

3.7.1. Naturaleza de las parábolas

J. Ratzinger ofrece las interpretaciones que Adolf Jülicher, (pp. 224-226), J. Jeremias (p. 227) y Ch. Dodd (p. 227) han dado sobre las parábolas, antes de ofrecernos su propia visión de las mismas (pp. 232-235).

3.7.2. Dimensiones de la Parábola

Benedicto XVI habla de las siguientes:

a) Dimensión cristológica: “Las parábolas son indudablemente el corazón de la predicación de Jesús...Sentimos inmediatamente la cercanía de Jesús, como vivía y enseñaba” (p. 223). “En la cruz se descifran (...) Las parábolas hablan de manera escondida del misterio de la cruz; no sólo hablan de él: ellas mismas forman parte de él (...) En las parábolas, Jesús no es sólo el sembrador que siembra la semilla de la palabra de Dios, sino que es semilla que cae en la tierra para morir y así poder dar fruto” (p. 231).

b) Dimensión teológica: “Las parábolas nos muestra a Dios, no a un Dios abstracto, sino el Dios que actúa, que entra en nuestras vidas y nos quiere tomar de la mano...Dios está en camino hacia ti” (p. 233). “Las parábolas son expresión del carácter oculto de Dios en este mundo y del hecho de que el conocimiento de Dios requiere la implicación del hombre en su totalidad; es un conocimiento que forma un todo con la vida misma, un conocimiento que no puede darse sin «conversión»” (p. 234).

c) Dimensión antropológica: en ellas Jesús “nos muestra quiénes somos y qué debemos hacer en consecuencia; nos transmite un conocimiento que nos compromete, que no sólo nos trae nuevos conocimientos, sino que cambia nuestras vidas. Es un conocimiento que nos trae un regalo: Dios está en camino hacia ti. Pero es un conocimiento que plantea una exigencia: cree y déjate guiar por la fe. Así, la posibilidad del rechazo es muy real, pues la parábola no contiene una fuerza coercitiva” (p. 233).

3.7.3. Explicación de tres parábolas

J. Ratzinger concluye este capítulo comentando tres parábolas: “El buen Samaritano” (pp. 235-243); “El hijo pródigo” (pp. 243-253); “El rico epulón y el pobre Lázaro” (pp. 253-260).

3.8. Capítulo octavo: las grandes imágenes del evangelio de Juan

3.8.1. La cuestión joánica. Dos temas decisivos aparecen en ella:

- “¿Quién es el autor de este Evangelio” (p. 265). Expone la opinión de R. Bultmann (pp. 262-263) y la de la generación posterior a él (pp. 263-264) que es, según este autor:

“«La idea de la encarnación del Redentor no ha entrado en el gnosticismo desde el cristianismo, sino que originalmente es gnóstica; más bien fue asumida muy pronto por el cristianismo y ha sido provechosa para la cristología» (*Das Evangelium des Johannes*, pp. 10s). Y también: “El Logos absoluto sólo puede proceder del gnosticismo» (RGG³ III, 846)” (p. 263).

J. Ratzinger con claridad responde: “Bultmann se equivoca en este punto decisivo” (p. 263). “Si desde el estado actual de la investigación volvemos la vista hacia la interpretación de Bultmann sobre Juan, se percibe nuevamente la escasa protección que la alta cientificidad proporciona contra errores de fondo” (p. 264).

Posteriormente, J. Ratzinger se pregunta: ¿qué nos dice la investigación actual? (p. 264), y responde haciendo suya la conclusión a la que llega Peter Stuhlmacher: “los contenidos del Evangelio se remontan al discípulo a quien Jesús (de modo especial) amaba. Al presbítero hay que verlo como su transmisor y su portavoz” (p. 270).

- “¿Cuál es su fiabilidad histórica?” (p. 265). Prosigue J. Ratzinger diciendo: “Con estas observaciones hemos dado ya un paso decisivo a la pregunta sobre la fiabilidad histórica del cuarto Evangelio. Tras él se encuentra un testigo ocular, y también la redacción concreta tuvo lugar en el vigoroso círculo de sus discípulos, con la aportación determinante de un discípulo suyo de toda confianza” (p. 270).

La historicidad peculiar del cuarto evangelio:

“Si por «histórico» se entiende que las palabras que se nos han transmitido de Jesús deben tener, digámoslo así, el carácter de una grabación magnetofónica para poder ser reconocidas como «históricamente» auténticas, entonces las palabras del Evangelio de Juan no son «históricas». Pero el hecho de que no pretendan llegar a este tipo de literalidad no significa en modo alguno que sean, por así decirlo, composiciones poéticas sobre Jesús que se habrían ido creando poco a poco en el ámbito de la «escuela joánica», para lo cual se habría requerido además la dirección del Paráclito. La verdadera pretensión del Evangelio es la de haber transmitido correctamente el contenido de las palabras, el testimonio personal de Jesús mismo con respecto a los grandes acontecimientos vividos en Jerusalén, de manera que el lector reciba realmente los contenidos decisivos de este mensaje y encuentre en ellos la figura auténtica de Jesús” (pp. 272-273).

J. Ratzinger profundiza en el carácter particular de la historicidad del Evangelio de Juan y afirma: “Nos acercamos a la sustancia y podemos definir con más precisión el tipo de particular de historicidad de que se trata si tenemos en cuenta los distintos factores que Hengel considera determinantes para la comprensión del texto. Según él, en este Evangelio confluyen «el pretendido enfoque teológico del autor y su memoria personal», «la tradición eclesiástica y, junto con ello, también la realidad histórica», que Hengel, sorprendentemente, considera «modificada, más aún, digámoslo claro, forzada» por el evangelista; finalmente, quien tiene «la última palabra» no es «el recuerdo... de los acontecimientos pasados, sino el Espíritu Paráclito, que interpreta y guía hacia la verdad» (*Die johanneische Frage*, p. 322)” (p. 273). J. Ratzinger nos ofrece su parecer sobre estos planteamientos de Hengel diciendo: “A mi parecer los cinco elementos presentados por Hengel (cf. p. 273) son efectivamente las fuerzas esenciales que han determinado la composición del Evangelio, pero han de ser vistos con una diferente correlación interna y, consecuentemente, también con una importancia diversa cada uno” (p. 274).

3.8.2. Las grandes imágenes del evangelio de Juan

Prosigue J. Ratzinger su trabajo y afirma: “Tras estas reflexiones ha llegado el momento de tratar con más detenimiento las grandes imágenes que encontramos en el cuarto Evangelio” (p. 283). Estas imágenes son las siguientes: el agua (pp. 283-294), la vid y el vino (pp. 294-310), el pan (pp. 310-320), el buen pastor (pp. 320-335).

3.9. Capítulo nueve: la confesión de Pedro y la transfiguración.

3.9.1. La Confesión de Pedro

Jesús “pregunta a sus discípulos acerca de lo que la gente dice y lo que ellos mismos piensan de él (cf. Mc 8,27-30; Mt 16,13-20; Lc 9,18-21)” (p. 337). En los tres Evangelios aparecen estos hechos:

- “Pedro contesta en nombre de los Doce con una declaración que se aleja claramente de la opinión de la «gente»”.
- “Jesús anuncia inmediatamente después su pasión y resurrección y añade a este anuncio de su destino personal una enseñanza sobre el camino de los discípulos, que es un seguirle a Él, al Crucificado”.
- “Este seguirle en el signo de la cruz se explica también de un modo esencialmente antropológico, como el camino del «perderse a sí mismo», que es necesario para el hombre y sin el cual le resulta imposible encontrarse a sí mismo (cf. Mc 8,31-9,1; Mt 16,21-28; Lc 9,22-27),

- Sigue el relato de la transfiguración de Jesús, que explica de nuevo la confesión de Pedro profundizándola y poniéndola al mismo tiempo en relación con el misterio de la muerte y resurrección de Jesús (cf. Mc 9,2-13; Mt 17,1-13; Lc 9,28-36)”.

“Sólo en Mateo aparece, inmediatamente después de la confesión de Pedro, la concesión del poder de las llaves del Reino –el poder de atar y destar– unida a la promesa de que Jesús edificará sobre él –Pedro– su Iglesia como sobre una piedra. Relatos de contenido paralelo a este encargo y a esta promesa se encuentran también en Lucas 21,15-19, en el contexto de la Cena, y en Juan 21,15-19, después de la resurrección de Jesús” (pp. 337-338).

También en Juan se encuentra una confesión de Pedro (cf. Jn 6,68ss.). “Este texto, a pesar de todas las diferencias, muestra elementos fundamentales comunes con la tradición sinóptica” (p. 338).

Más adelante, Ratzinger afirma: “esa doble pregunta sobre la opinión de la gente y la convicción de los discípulos presupone que existe, por un lado, un conocimiento exterior de Jesús que no es necesariamente equivocado aunque resulta ciertamente insuficiente, y por otro lado, frente a él, un conocimiento más profundo vinculado al discipulado, al acompañar en el camino y que sólo puede crecer en él” (pp. 341-342). “También hoy existe evidentemente la opinión de la «gente», que ha conocido a Jesús de algún modo” (p. 343).

“A la opinión de la gente se contraponen el conocimiento de los discípulos, manifestado en la confesión de Pedro. ¿Cómo se expresa?»: según Marcos: “Tú eres (el Cristo) el Mesías” (8,29). Según Lucas: el Cristo (el Ungido) de Dios” (9,20). Mateo: “Tú eres Cristo (el Mesías), el Hijo de Dios vivo” (16,16) (...) Puede surgir la tentación de elaborar una historia de la evolución de la confesión de fe cristiana a partir de estas diferentes versiones. Sin duda, la diversidad de los textos refleja también un proceso de desarrollo en el que poco a poco se clarifica plenamente lo que al principio, en los primeros intentos, como a tientas, se indicaba de un modo todavía vago” (p. 344).

Antes de terminar este tema, Ratzinger afirma:

“¿qué conclusiones podemos sacar de todo esto? En primer lugar hay que decir que el intento de reconstruir históricamente las palabras originales de Pedro, considerando todo lo demás como desarrollos posteriores, tal vez incluso a la fe postpascual, induce a un error. ¿De dónde podría haber surgido realmente la fe postpascual si el Jesús prepascual no hubiera aportado fundamento alguno para ello? Con tales reconstrucciones, la ciencia pretende demasiado” (p. 354).

“Los discípulos reconocen que Jesús no tiene cabida en ninguna de las categorías habituales, que Él era mucho más que «uno de los profetas», alguien diferente. (...) En los momentos significativos, los discípulos percibían atónitos: «éste es Dios mismo». Pero no conseguían articular todos los aspectos en

una respuesta perfecta. Utilizaron –justamente– las palabras de promesa de la Antigua Alianza: Cristo, Ungido, Hijo de Dios, Señor. Son las palabras claves en las que se concentró su confesión que, sin embargo, estaba todavía en fase de búsqueda, como a tientas. Sólo adquirió su forma completa en el momento en que Tomás tocó las heridas del Resucitado y exclamó conmovido: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20,28). Pero, en definitiva, siempre estaremos intentando comprender estas palabras. Son tan sublimes que nunca conseguiremos entenderlas del todo, siempre nos sobrepasarán” (pp. 355-356).

3.9.2. La Transfiguración de Jesús

En los tres sinópticos la confesión de Pedro y el relato de las transfiguración de Jesús están entrelazados entre sí por una referencia temporal (cf. Mt 17,1; Mc 9,2; Lc 9,28). (...) “En un primer momento podríamos decir que, en ambos casos –confesión y transfiguración–, se trata de la divinidad de Jesús, el Hijo; pero en las dos ocasiones la aparición de su gloria está relacionada también con el tema de la pasión. La divinidad de Jesús va unida a la cruz; sólo en esa interrelación reconocemos a Jesús correctamente” (pp. 356-357).

Después de ofrecer las reflexiones de Jean-Marie van Cangh, de Michel van Esbroeck, de Jean Danielou y de Hartmut Gese (cf. pp. 357-359), J. Ratzinger ofrece su propia reflexión sobre la Transfiguración, de la que ofrecemos lo siguiente: “La transfiguración es un acontecimiento de oración, se ve claramente lo que sucede en la conversación de Jesús con el Padre: la íntima penetración de su ser con Dios, que se convierte en luz pura. En su ser uno con el Padre, Jesús mismo es Luz de Luz. En ese momento se percibe también por los sentidos lo que es Jesús en lo más íntimo de sí y lo que Pedro trata de decir en su confesión: el ser de Jesús en la luz de Dios, su propio ser luz como Hijo” (p. 361). Y a diferencia de Moisés que tiene una luz que le llega desde fuera, y que ahora le hace brillar también a él, “Jesús resplandece desde el interior, no sólo recibe la luz, sino que Él mismo es Luz de Luz” (p. 362).

Los tres discípulos están impresionados por la grandiosidad de la aparición. “El «temor de Dios» se apodera de ellos (...) toma Pedro la palabra, aunque en su aturdimiento «... no sabía lo que decía» (Mc 9,6): «Maestro ¡Qué bien se está aquí...! (...)» (Mc 9,5) (...) Pedro quería dar un carácter estable al evento de la aparición levantando también tiendas del encuentro; el detalle de la nube que cubrió a los discípulos podría confirmarlo (...) La nube sagrada es el signo de la presencia de Dios mismo. La nube sobre la tienda del encuentro indicaba la presencia de Dios. Jesús es la tienda sagrada sobre la que está la nube de la presencia de Dios y desde la cual cubre ahora «con su sombra» también a los demás” (pp. 365; 368):

“Se repite la escena del Bautismo de Jesús, cuando el Padre mismo proclama desde la nube a Jesús como Hijo (Mc 1,11). Pero a esta proclamación solemne de la dignidad filial se añade ahora el imperativo: «Escuchadlo». Hartmut Gese comenta esta escena de un modo bastante acertado: «Jesús se ha convertido en la misma Palabra divina de la revelación. Los Evangelios no pueden expresarlo más claro y con mayor autoridad: Jesús es la *Torá* misma» (p. 81). Con esto concluye la aparición: su sentido más profundo queda recogido en esta única palabra. Los discípulos tienen que volver a descender con Jesús y aprender siempre de nuevo: «Escuchadlo»” (p. 368).

“Si aprendemos a interpretar así el contenido del relato de la transfiguración –como irrupción y comienzo del tiempo mesiánico–, podemos entender también las oscuras palabras que Marcos incluye entre la confesión de Pedro y las instrucciones sobre el discipulado, por un lado, y el relato de la transfiguración, por otro: «Y añadió: ‘Os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán hasta que vean venir con poder el Reino de Dios’ (Mc 9,1). ¿Qué significa esto? ¿Anuncia Jesús quizás que algunos de los presentes seguirán con vida en su Parusía, en la irrupción definitiva del reino de Dios? ¿O acaso preanuncia otra cosa?” (p. 369). J. Ratzinger ofrece la respuesta que da Rudolf Pesch que

“ha mostrado convincentemente que la posición de estas palabras justo antes de la transfiguración indica claramente que se refieren a este acontecimiento. Se promete a algunos –los tres que acompañan a Jesús en la ascensión al monte– que vivirán una experiencia de la llegada del Reino de Dios «con poder». En el monte, los tres ven resplandecer en Jesús la gloria del Reino de Dios...En el monte experimentan que Jesús mismo es la *Torá* viviente, toda la palabra de Dios. En el monte ven el «poder» (*dýnamis*) del reino que llega en Cristo.

Pero precisamente en el encuentro aterrador con la gloria de Dios en Jesús tienen que aprender lo que Pablo dice a los discípulos de todos los tiempos en la Primera carta a los Corintios: «Nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los griegos; pero para los llamados en Cristo –judíos o griegos– poder (*dýnamis*) y sabiduría de Dios» (1,23). Este poder (*dýnamis*) del reino futuro se les muestra en Jesús transfigurado, que con los testigos de la Antigua Alianza habla de la «necesidad de su pasión como camino hacia la gloria» (cf. Lc 24,26ss). Así viven la Parusía anticipada; se les va introduciendo así poco a poco en toda la profundidad del misterio de Jesús” (pp. 369-370).

3.10. Capítulo décimo: las afirmaciones de Jesús sobre sí mismo

El libro concluye con un capítulo muy importante titulado: “Nombres con los que Jesús se designa a sí mismo” (p. 371).

3.10.1. ¿Cómo designaron a Jesús los hombres?

“Ya durante la vida de Jesús, los hombres procuraron interpretar su misteriosa figura según las categorías que les eran familiares y que deberían servir para descifrar su misterio: se le consideró un profeta, como Elías o Jeremías que había vuelto, o como Juan el Bautista (cf. Mc 8,28). Pedro utilizó en su confesión títulos diferentes, superiores: Mesías, Hijo del Dios vivo” (p. 371).

3.10.2. ¿Qué títulos fundamentales dieron a Jesús después de Pascua?

“El intento de condensar el misterio de Jesús en títulos que interpretaran su misión, más aún, su propio ser, prosiguió después de la Pascua. Cada vez se fueron cristalizando tres títulos fundamentales: Cristo (Mesías), Kyrios (Señor) e Hijo de Dios” (p. 371).

3.10.3. Títulos que, según los evangelios, Jesús utiliza para referirse a sí mismo

El Hijo del Hombre (pp. 373-388); El Hijo (pp. 388-399); Yo soy (pp. 399-409). J. Ratzinger – Benedicto XVI recapitula su pensamiento afirmando:

“Hemos encontrado tres expresiones en las que Jesús oculta y desvela al mismo tiempo el misterio de su propia persona: *Hijo del hombre*, *Hijo*, *Yo soy*. Las tres están profundamente enraizadas en la palabra de Dios, la Biblia de Israel, el Antiguo testamento; peor estas tres expresiones adquieren su pleno significado sólo en Él; por así decirlo, le han estado esperando.

En las tres se presenta la originalidad de Jesús, su novedad, lo que es exclusivamente suyo y que a nadie puede aplicar. Por ello, las tres expresiones sólo pueden salir de su boca, sobre todo la palabra «Hijo», a la que corresponde el apelativo de oración *Abbá*-Padre. Por eso, ninguna de las tres podría ser, tal como eran, una simple fórmula de confesión de la «comunidad», de la Iglesia naciente.

Ésta ha reunido el contenido de las tres expresiones centradas en el «Hijo» en la locución «Hijo de Dios», apartándola así definitivamente de sus antecedentes mitológicos y políticos. Sobre la base de la teología de la elección de Israel adquiere ahora un significado totalmente nuevo, delineado en los textos que Jesús habla como el «Hijo» y como «Yo soy” (pp. 409-410).

Y termina su hermoso libro con estas palabras:

“Pero fue necesario esclarecer completamente este nuevo significado en múltiples y difíciles procesos de diferenciación, así como de ardua investigación, para protegerlo de las interpretaciones mítico-politeístas. El primer Concilio de Nicea utilizó para ello el término «consustancial» (*homooúsios*). Este término no ha helenizado la fe, no la sobrecarga con una filosofía ajena, sino que ha permitido fijar lo incomparablemente nuevo y diferente que había aparecido en los diálogos de Jesús con el Padre. En el Credo de Nicea, la Iglesia dice siempre de nuevo a Jesús, con Pedro: «Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16)” (p. 410).

4. A MODO DE APÉNDICE

En este apéndice, J. Ratzinger cita los principales libros a los que se ha referido en la exposición de cada capítulo e invita a leerlos para una mayor profundización del tema (pp. 413-424). Presenta las *Citas bíblicas y los documentos del Magisterio del Magisterio* (pp. 425-438) Ofrece los *Documentos del Magisterio de la Iglesia* (p. 439). Finalmente presenta el *Índice Onomástico* (pp. 441-444) y el *Índice de la obra* (pp. 445-447).